

LA MALA EDUCACIÓN¹

Rolando Cordera Campos
Facultad de Economía, UNAM

Primeras entradas, primeras salidas

Con perplejidad, a diario asistimos a entusiasmos renovados con las potencialidades de la educación, ahora de frente a los desafíos y aperturas que real y supuestamente realizará la globalización del planeta, que es desde luego económica, financiera y comercial, pero también cultural y, en un descuido, también militar. La sociedad y la economía basadas en el conocimiento son los lemas de batalla, hasta haberse vuelto *sound bites* de todos los medios especializados en finanzas globales, y en el credo versátil de los profetas de la globalización *a la americana*.

Lo mismo parece haber ocurrido en el inicio de la modernidad. Entonces tocó el turno a la construcción de sociedades y Estados nacionales, con ciudadanos ilustrados capaces de llevar a costas la erección de una democracia cabal, que se entendía como la base y fuente de la nueva sociedad que emergía con las democracias modernas, de afirmación del credo liberal y de expansión, siempre acotada, de la esperanza y del mensaje universalista de la ilustración. Como hoy, entonces también tuvo la educación un lugar protagónico en el pensamiento, las visiones y las estrategias orientadas a abrir paso al régimen que nacía

He dicho que con perplejidad, porque nuestro punto de partida educativo, económico y social, no es amistoso ni alentador, y porque la explosión de las comunicaciones y su globalización lo que más bien se augura es, si no el fin de la educación formal como vector de progreso y civilización, sí una transformación radical de sus estructuras, para llevarla incluso a los linderos de lo prescindible. Así lo apunta el imperio de las tecnologías de la información y el culto que de ellas se hace desde las más diversas perspectivas, cuyo despampanante avance mundial no ofrece necesariamente una panacea, no al menos de manera unívoca, y sí la probabilidad de una Caja de Pandora post moderna.

Preguntarse por la mala educación implica preguntarse por los criterios con que la evaluemos como *buena*. Saber hacer y entender, desplegar valores de tolerancia y cooperación, competir con el más ducho y apropiarse del disfrute de los bienes nómadas que la globalización genera a raudales, aprender a aprender, darle a la ciudadanía un robusto y auténtico talante democrático, conocer y transmitir saberes y destrezas: he aquí, de manera impresionista, un inventario posible de dichos criterios, que puede ser contradictorio pero que recoge algunos de los discursos principales en circulación.

¹ VIII Coloquio Internacional para la educación y el desarrollo Intervención de Rolando Cordera Campos Profesor Titular "C" T.C. Centro de Estudios Globales y de Alternativas para el Desarrollo de México (CEGADEMEX)

¿Qué podemos hacer con estos criterios? Ponerlos en orden de prioridad y buscar darles alguna congruencia, sería una de las primeras tareas a llevar a cabo en la búsqueda del arca perdida de una educación que nos ponga a la altura de los retos del mundo. Además, estos criterios tendrían que ser capaces de reconocer los enormes faltantes que registramos en el plano político de la democracia, así como en el territorio poco conocido pero todos los días banalizado de las relaciones virtuosas, o no, entre educación y progreso técnico y desarrollo económico.

Los esfuerzos educativos nacionales realizados son documentables. Gastamos cada vez más y, si bien poco a poco, parece que nos acercamos a las metas míticas del porcentaje del gasto educativo en el PIB. Y, sin embargo, el tesoro que prometía *Jacques Delors* hace algunos años no impide que el crudo diagnóstico de Gilberto Guevara siga con nosotros: catástrofe silenciosa; país de reprobados.

Las encuestas de Pisa sobre la calidad educativa nos asedian y desarman las presunciones derivadas del supuesto o real esfuerzo fiscal, y la desigualdad como fuente del rezago educativo se apodera del escenario. En una economía crecientemente urbana e integrada al comercio exterior, globalizada (aunque no tanto), este rezago educativo distribuido asimétricamente no puede sino contribuir a retroalimentar la desigualdad económica dando al traste o posponiendo *sine die* los propósitos de acabar con la transmisión intergeneracional de la pobreza, contenidos en los programas que ponen énfasis precisamente en la formación de capital social y humano para superar la carencia.

No parece haber salida fácil a la mano, y la corrosión del sistema educativo, que algunos califican con generosidad como “politización”, se hace evidente a diario. Estamos, en realidad, frente a una manifestación grotesca del fin de un régimen sostenido en un corporativismo rapaz y ávido de poder, lo que nos obliga a volver a lo básico, que en realidad debería ser lo clásico: la educación no es ni debe ser una mercancía; la formación de la gente como ciudadanos y productores alertas, es un deber de todo Estado que presuma ser democrático y sobre todo republicano. La ciencia y la tecnología son la vía más consistente para arribar a plataformas ciertas de apropiación del progreso técnico mundial, así como para aspirar a ser también innovadores por cuenta propia.

Estos principios no son hoy cultivados por los dirigentes del Estado ni por los detentadores y reproductores de la riqueza económica. Los recursos públicos asignados a la investigación científica y tecnológica, o a la educación superior o a la innovación educativa básica; los compromisos reales de los grupos dirigentes con la educación públicas; la bifurcación creciente entre educación pública y privadas, propiciada desde el propio Estado; en fin, la reproducción ininterrumpida de la desigualdad educativa dentro del sistema educativo nacional y entre los estratos sociales, laborales y de ingreso, constituyen un inventario rotundo de que la visión estatal de reivindicación nacional mediante la educación que heredamos de la Reforma y buscamos potenciar durante buena parte del siglo XX se ha extraviado. Por eso, lo que se nos presenta como prioridad inicial para aspirar a una “buena educación” es el combate a la *mala* educación de las elites del poder y la riqueza, que dudan de lo básico o se

oponen a lo clásico. Sólo así podremos proponernos realísimamente la erradicación del malestar educativo en el resto de la sociedad.

No parece haber camino promisorio que sólo se base en la adición a cuenta gotas de recursos o infraestructura. La mala educación se apoderó de nuestras cabezas y es desde ahí que debería emprenderse una nueva cruzada educativa nacional. Para por lo menos poner al país en sintonía con lo que ocurre en otras latitudes y, sobre todo, con las expectativas que la educación sigue despertando en amplias capas de la sociedad

En este sentido, aparte de registrar el triste saldo del sistema básico en materia de aprendizaje y calidad, que desemboca en cuotas de deserción precoz estafalarias, es urgente reconocer además, sin ambages ni subterfugios, que lo que hoy experimentamos es no sólo el descuido sostenido en materia de formación de recursos humanos de alto nivel a través de la investigación científica y tecnológica (que es un descuido inaudito), sino un desperdicio de los recursos **existentes y en formación** en el sistema educativo superior, que se fugan al empleo informal y a las actividades de baja y muy baja productividad o enriquecen el inventario de potencialidades de los países ricos, en nuestro caso Estados Unidos de América. Esta dilapidación se potencia si se toma en cuenta el cambio demográfico que vive México desde hace casi tres décadas. De “país de niños”, pasamos a ser país de jóvenes adultos que demandan formación, capacitación y empleo como una condición insalvable para asegurar los mínimos necesarios para la reproducción económica y social, a la vista de las proyecciones demográficas que nos hablan de un país de adultos maduros y mayores a partir de la segunda mitad del siglo. Sin educación ni formación adecuadas, el país puede ir a la deriva y sin la esperanza de un recambio poblacional efectivo para esas fechas. El desperdicio actual de recursos es también la deconstrucción del futuro.

Economía, educación, desarrollo

Podemos convenir en que es mejor tener cuadros profesionales y técnicos bien formados e informados que no tenerlos. Pero lo que hoy constituye una de nuestras más crueles paradojas no es la falta absoluta de estos cuadros, sino su **no empleo** por parte del sector productivo y estatal, debido al lento crecimiento económico general que se apoderó de la dinámica productiva, y a la dogmática estrategia de estabilización financiera que se impuso sobre la asignación de los recursos públicos y sacrificó la construcción de infraestructura física, social y humana, cuando el país más lo requiere.

México vive un formidable cambio demográfico y social, con una pobreza de masas y una desigualdad impresentables y en medio de una inserción intensa en la economía internacional, de la que no se podrá regresar unilateralmente ni revisar sin altos y duros costos. Es frente a estas perspectivas que debe evaluarse el desempeño del sistema educativo nacional y no al revés.

La mala educación, sin menoscabo de los muchos vicios y lacras que han acompañado la evolución de la educación mexicana, es hoy una expresión directa y lastimosa del mal desempeño económico del

país, y esta ecuación debería ser la guía maestra para buscar empatar en el futuro una buena educación con el desenvolvimiento económico y social. Es, asimismo, la más brutal constatación de que los grupos dirigentes y dominantes de México hace tiempo que se desentendieron del tema educativo como tarea nacional, dejando al mercado, la suerte, o la herencia, la tarea de formar los nuevos cuadros y a los propios encargados del poder y la reproducción de la riqueza

México ha perdido la carrera del crecimiento en términos de comparación internacional. En una conferencia en la Universidad de Puebla, en ocasión del Congreso Latinoamericano de Economía, el economista Jaime Ros, de la Universidad de Notre Dame, donde realiza un asiduo seguimiento de las causas de nuestro lento desempeño económico de las últimas dos décadas, sostiene que lo que explica la mayor brecha de desarrollo entre México y otros países emergentes, como Corea, es un aumento masivo del subempleo en los sectores terciarios de la economía, que se refleja tanto en la reducción de la participación del empleo asalariado en la fuerza de trabajo como en el aumento en el tamaño del sector informal, compuesto principalmente por las actividades de baja productividad en los sectores de servicios.

El mensaje que busca transmitir Ros es que el deterioro en el desempeño de la economía mexicana, reflejado en el mediocre crecimiento de la productividad desde los años 80, debe ser visto como una consecuencia endógena de la lenta expansión económica. ¿Quién –dice él- cree realmente que el colapso de la productividad en los sectores de servicios de la economía es la causa y no la consecuencia del lento crecimiento de la economía mexicana desde 1980?

En su examen, aborda también el tema de la relación entre capital humano y crecimiento. Este reconocido estudioso de la economía del desarrollo insiste en que el lento crecimiento no es el resultado unívoco de un pobre desempeño en la formación de capital humano.

Al respecto, propone:

“Una primera observación es que de hecho durante estas décadas de lento crecimiento México ha continuado registrando rápidas mejoras en los indicadores de educación y salud. La matrícula ha continuado subiendo en todos los niveles educativos, y las relaciones de estudiantes por maestro, ayudadas por la transición demográfica y la reducción en las tasas de dependencia, han estado bajando desde 1980, desplomándose en el caso de la primaria. Los años promedio de escolaridad aumentaron de 5.4 a 6.6 años, y a 7.8 años en 2002, mientras que el analfabetismo ha seguido cayendo. La esperanza de vida aumentó de 66.2 años en 80, a 73.6 en 95, y a 75.2 en 2004. Si la desaceleración del crecimiento debiera ser atribuida a la falta de formación de capital humano –nos dice-, ¿cómo explicar que una fuerza de trabajo más saludable y mejor educada produce menos producto por trabajador hoy que en 1980?

Hay, agrega, “ también signos inequívocos de que el lento crecimiento ha restringido el uso del capital humano en la producción, más que al revés. El porcentaje de jóvenes ocupados en actividades de baja productividad en el sector informal ha aumentado entre 89 y 2002 para los grupos con nivel educativo relativamente alto, de 10 a 12 años de escolaridad, y 13 años y más de escolaridad, con un aumento de casi 50 por ciento en el caso del segundo grupo. Además las tasas de desempleo juvenil también han aumentado para los grupos con mayores niveles educativos, más que duplicándose en el caso del grupo con 13 años y más de escolaridad. Ambas tendencias indican que los jóvenes no están encontrando empleos apropiados a sus calificaciones”.

En su comunicación, Ros abunda en temas que son pertinentes para nuestra reflexión sobre la mala educación. Al referirse a la importancia del gasto educativo en Corea y México, nos remite al hecho de que Corea gasta hoy más que México en educación no como el resultado lineal de una diferencia en políticas educativas, sino debido sobre todo a que la economía de Corea ha crecido mucho más que la mexicana. Al haber mantenido el porcentaje del gasto educativo en el PIB, Corea pudo gastar mucho más en su gente, gracias al crecimiento económico.

Más allá de la economía

Este es, en una nuez, el marco socioeconómico de nuestro descontento educativo. Tras muchas incursiones en la renovación y el crecimiento del sistema nacional de educación, el panorama actual cierra el campo para el regocijo o la autocomplacencia. La coyuntura sangrienta abierta en Oaxaca no hace sino ponernos frente a un espejo negro que en el fondo nos avisa de una educación sometida al imperio de los poderes de hecho alojados en el sindicato, así como a las ocurrencias políticas de un Estado cuyo gobierno llegó a sus límites sin haber encontrado, pese a nuestra ilusión democrática, una solución de continuidad progresiva.

Como postula Adrián Acosta en su espléndido ensayo “Educación: caminando en círculos”:

“Se puede afirmar que tenemos una educación que padece varios de los problemas que tenía desde hace muchos años...y eso se debe a que no hemos configurado un nuevo marco de interacciones entre la escuela y sus entornos que sea capaz de asegurar equidad, consistencia y coherencia a la acción educativa. Hemos caminado en círculos sobre los mismos problemas y sospecho que las soluciones y los cambios han ampliado el círculo pero no hemos salido de él” (Toledo, Flores Cano, Woldenberg, 2006, p.100)

¿Para dónde voltear? Para empezar hay que hacerlo hacia nosotros mismos y preguntarnos con franqueza si no nos hemos excedido en el juego de espejos del más pueril de los manejos cuantitativos que nos hablan siempre de adiciones sin fin, y si de cara a los malos resultados en materia de calidad

no corremos el riesgo de encerrarnos en una confusión todavía más grave: a la pregunta de siempre, ¿cobertura para qué y cómo?, tendríamos ahora que añadir, ¿Calidad para quiénes, para qué, cómo? De nuevo, el tema de la evaluación no debería desligarse del de los propósitos y los objetivos definidos en la política y traducidos a programas y políticas específicas. Y es en este plano donde lo que parece imperar es un “nudo de nudos” donde se aloja la confusión mayor que abrumba a los grupos dirigentes, la llamada clase política y los actores directos del drama educativo. Me temo que los contingentes de la academia y la investigación educativa no han podido mantenerse inmunes a esta grave circunstancia en la que se origina nuestra mala educación.

Se insiste ahora en que el éxito de la educación depende del grado de “calidad” de los procesos y resultados educativos. Pero como nos advierte Acosta, de esta insistencia en la calidad se puede caer en extravíos que retroalimenten la confusión originaria. Se llega, dice, a “formular políticas y estrategias de calidad, que siempre traen consigo las palabras mágicas...: innovación, autoaprendizaje, excelencia. Y la perla de este discurso es la obsesión oficial por encontrar salidas fáciles, panaceas para resolver las carencias...Se pide introducir nuevas tecnologías de aprendizaje en los salones de clase cuando los baños escolares son, esos sí, una zona de desastre. Se pide el empleo intenso de sofisticados paquetes de software educativo cuando los profesores están en la antesala de la jubilación, y cuando la formación de los padres de los estudiantes está a años luz del manejo de nuevas tecnologías” (p.108).

La mala educación pone sitio a la que suponemos es la buena pauta educativa cuando volteamos a la otra zona de desastre que conspira contra el esfuerzo y la esperanza educativa: los medios de comunicación de masas. Su estado actual no podía ser más contrario a cualquier proyecto mínimo de difundir la cultura, propiciar la lectura y estimular la reproducción del espíritu cívico y de ambición de ciudadanía que han mostrado y reclamado los mexicanos en los últimos lustros. Con el “decretazo” del 10 de octubre de 2002 y la aprobación, por fortuna todavía cuestionada jurisdiccionalmente, de las reformas a las leyes federales de Telecomunicaciones y de Radio y Televisión, se ha ido más allá de la distracción benévola de “los jodidos” de que hablaba Emilio Azcárraga Milmo: nos ubicamos en el borde de una grave y nociva corrosión de la política pero también y tal vez sobre todo, educativa y cultural. Así lo mostrado y demostrado Raúl Trejo Delarbre en sucesivas entregas (Véase la más reciente en Sánchez Rebolledo, 2006, pp.1-16)

A este respecto, Carlos Monsiváis sostiene:

“Psicológicamente, la indefensión asumida ante el poderío televisivo tal vez sea el más grave —por más fatalista— de los rasgos culturales de esta etapa. En efecto, México es un país de una clase modesta muy jodida, pero eso no justifica la prepotencia de los partidos políticos, el gobierno y los sectores intelectuales convencidos de un *Catch 22*: los jodidos sólo dejarán de serlo gracias al ascenso

económico, que su condición de jodidos les impide abandonar. Con esto...se concentran las posibilidades de la gente...en el vasallaje ante el aparato que, según señala el señor Azcárraga, ofrece a la población “además de alegría, un entretenimiento sano y que les brindará satisfacción interna”.

Por desgracia, concluye Monsiváis, la estrategia tiene éxito y gran parte del sector intelectual está convencido: en efecto, los jodidos lo serán *ab eternum* porque hasta allí les alcanza el salario” (En Flores Cano, Toledo, Woldenberg, 2006, p. 177)

Cuando hablamos de la mala educación solemos referirnos a los jóvenes y sus desmanes, su desaliento, su falta de ímpetu y su tendencia a la anomia. Lo que no registramos con el mismo detalle es que estos jóvenes son el núcleo creciente de nuestras posibilidades productivas, pero que hoy condensan sin alivio nuestras principales carencias materiales e institucionales. Estas enormes fallas, junto con la política económica adoptada al calor del cambio estructural para la globalización, han llevado al país a incurrir en un desperdicio sostenido y ampliado de sus capacidades y potencialidades. Como apuntan Rafael Cordera Campos y Diana Sheinbaum Lerner en su excelente recuento de la situación actual de los jóvenes (**Perspectiva de los jóvenes mexicanos en el siglo XXI. Un diagnóstico de su situación actual y una propuesta de política pública**):-

“El sector de la población entre los 14 y los 29 años representa alrededor de la tercera parte de los habitantes de México. Pero si se le agregan los que son un poco menores o mayores, el fenómeno, en términos demográficos, adquiere mayor importancia y trascendencia. .. Las elecciones recientes y los datos sobre los jóvenes electores refuerzan la actualidad del tema. Como explica el IFE, casi el 45% de los mexicanos inscritos en el padrón electoral tienen entre 18 y 34 años de edad. En las elecciones del 2 de julio, 2.4 millones de jóvenes ya habían adquirido la ciudadanía lo que significa que si todos éstos votaron en esta contienda electoral, son ellos quienes decidieron sobre quién nos gobernará a partir del 2006.

“No podemos decir aquí que no existan programas ni instituciones dedicadas a la atención de la juventud. Pero sí podemos sugerir la hipótesis de que cuando aquéllos son puestos en acto, lo que se detecta prácticamente en primera instancia, es que no existe coordinación alguna entre ellos.

“Resulta verdaderamente difícil aceptar que las cosas para los jóvenes van bien. De tal manera que, tanto el Estado como la sociedad, debemos asumir que tenemos una deuda muy importante respecto de esas franjas sociales y que es necesario empezar a pagar de inmediato, porque no queda mucho tiempo para saldarla. Valdría la pena empezar por señalar que la composición de la juventud mexicana se conoce poco y mal. A menudo se atienden sus problemas cuando éstos estallan, cuando hay poco que hacer y ninguna fuerza que disponga de una reflexión seria al respecto.

“Entre los temas de la agenda juvenil ...hay dos que merecen la mayor atención por parte del gobierno de la República. El primero es el empleo y el segundo la educación. Las relaciones entre ambos parecen obvias, pero las cifras dicen lo contrario: un buen número de los mexicanos sin trabajo son jóvenes que han recibido instrucción media o superior pero no son admitidos en el mercado laboral; otros muchos realizan trabajos no relacionados con sus estudios con la consiguiente frustración económica y moral que acompaña esta situación.

“Los datos arrojados por el Censo General del año 2000 dan cuenta de las limitaciones con las cuales se enfrentan los jóvenes de todo el país, incluso los de la capital, para cumplir con sus necesidades básicas y salir adelante: el 16.5% de los jóvenes de entre 15 y 29 años no reciben remuneración en forma de salario, de ellos el 72% recibe tres o menos salarios mínimos. Por otra parte, 70% de la población juvenil no cuenta con un contrato laboral. Peor aún, sólo 16% tiene derecho a acceder a servicios de salud y un porcentaje menor es beneficiario de los escasos préstamos, seguros médicos y créditos para vivienda.

“En estas cifras radica una parte importante de la explicación acerca de la migración de jóvenes al extranjero, particularmente a los Estados Unidos de Norteamérica. Se calcula que el total anual de las personas que se van al extranjero es de entre 300 y 400 000, de éstas, el 72% es menor de 29 años.

“En cuanto a la educación habría que empezar por señalar que la desigualdad que caracteriza al país tiene su traducción en el tema educativo. De la población entre 15 y 19 años de edad, sólo asiste a la escuela el 45%; de los que cuentan entre 20 y 24 años, poco menos del 20% y de los que tienen entre 25 y 29 años, sólo el 5% se encuentra estudiando”.

He caído sin recato en la tentación primaria de mi disciplina, la “ciencia lúgubre”, de presentar datos y referencias estructurales para la construcción de un marco de referencia sobre el tema de la mala educación. Pienso, sin embargo, que la política del Estado y los sentimientos de los grupos dirigentes, de las élites del dinero y del poder e incluso de las de la cultura, han contribuido decisivamente a la situación aquí descrita, en la que se resume al menos en parte no accidental nuestra enfermedad educativa.

Lo que en esta comunicación se ha buscado ilustrar, es una hipótesis un tanto dolorosa: que la mala educación empieza en la cúspide del Estado y del dinero, y que este es un argumento *prima facie* en favor de una democratización a fondo de nuestras estructuras mentales y estatales, que puedan empatarse con la obligada reforma intelectual y ética de la sociedad y del Estado. La mala educación por la casa empieza y la casa de México ha sido a todo lo largo del siglo XX la del Estado que se pudo construir frente a la adversidad histórica y geográfica. Esta es la paradoja cruel a que nos lleva este recorrido por la mala educación.

San Pedro Mártir, D.F.

Bibliografía

Acosta, Adrián, "Caminando en círculos", en Toledo, Francisco, Florescano, Enrique, Woldenberg, José, **Los desafíos del presente mexicano**, Taurus Historia, México, 2006. Pp. 97-142

Monsiváis, Carlos, "Paisajes de la cultura: entre un diluvio de chips y un laberinto de paradigmas" en *Ibíd.*, pp. 161-194.

Cordera Campos, Rafael, Sheinbaum Lerner, Diana: "**Perspectiva de los jóvenes mexicanos en el siglo XXI. Un diagnóstico de su situación actual y una propuesta de política pública**", México, 2006. **por publicarse.**

Ros Jaime, "La desaceleración del crecimiento económico en México desde 1982", Borrador, Octubre, 2006.

Trejo Delarbre, Raúl, "Los medios en el gobierno de Fox: el presidente y el comediante" en Sánchez Rebolledo, Adolfo (Compilador), **¿Qué país nos deja Fox? Los claroscuros del gobierno del cambio** Norma Actualidad, Grupo Editorial Norma. México, 2006.